

Tema 2. Los primeros testimonios

1. Oración inicial.



Te pedimos, Señor, tu gracia de aceptar tu gracia y entrar a tu corazón, y allí conocerte y a la luz de tu amor conocer a los hermanos y hermanas, conocer a los cercanos como los conoces tú, para que viéndolos con buenos ojos podamos darles la mano y el corazón; conocer a los empobrecidos y cargados con el peso del dolor para que nos aproximemos a ellos contigo hasta hacernos como ellos, para que sintiendo tu gracia como solidaridad puedan solidarizarse entre sí.

Tú hijo Jesús nos enseñó a decirte Padre Nuestro. Nosotros te pedimos que nos atrevamos a vivir como hijos tuyos que entremos confiadamente a tu corazón y hagamos de ti nuestra casa, y allí, en esa intimidad sin sobresalto veamos a las hermanas y hermanos más queridos y a todos los hombres y mujeres, para que entre trabajos y luchas, vayamos todos encaminados a que sea posible que un día te digamos juntos Padre Nuestro. Amén.

2. Hecho de vida: los recuerdos de infancia.

Respondamos juntos:

- ¿Qué recordamos de nuestra vida en familia?
- ¿Cuáles son los gestos que más recordamos?
- ¿Qué aprendimos en nuestra familia?

3. La Palabra de Dios nos ilumina.

En el momento en el que comienza la revelación bíblica, la situación de la familia entre los hebreos no se diferenciaba gran cosa de la de sus vecinos. Ciertamente dejaba mucho que desear a la luz de nuestra mentalidad actual. Y, sin embargo, Dios conseguirá resultados extraordinarios mediante una pedagogía sensacional basada en la dialéctica exigencia-condescendencia.

Yavé demostró una paciencia infinita con su pueblo. Conociendo sus debilidades, contó con aquellas personas concretas para realizar sus planes. No le importará esperar siglos hasta conseguir las metas deseadas. No quemó etapas, ni pisoteó tradiciones culturales de aquellos pueblos.

Escuchemos ahora, el relato de la relación de Abraham y Sara (Gen 17,15-22), uno de los primeros testimonios que recibimos en la Sagrada Escritura acerca de la vida familiar:

“Dijo Dios a Abraham: “A Saray, tu esposa, ya no la llamarás Saray, sino Sara. Yo la bendeciré y te daré de ella un hijo. La bendeciré de tal manera, que pueblos y reyes saldrán de ella”. Entonces Abraham, agachándose hasta tocar la tierra con su cara, se puso a reír, pues pensaba: “¿Acaso le va a nacer un hijo a un hombre de cien años? ¿Y puede Sara, a sus noventa años, dar a luz?” Y dijo a Dios: “Si al menos aceptaras a Ismael para servir tus designios”. Pero Dios le respondió: “De ninguna manera, pues va a ser Sara, tu esposa, la que te dará un hijo y le pondrás por nombre Isaac. Estableceré mi alianza con él, y con su descendencia después de él para siempre. En cuanto a Ismael, también te he escuchado. Yo lo bendeciré y le daré una descendencia muy grande y muy numerosa. Será el padre de doce príncipes y haré de él una gran nación. Pero mi alianza la estableceré con Isaac, que Sara te dará a luz por este tiempo, el año que viene”. Así terminó Dios de hablar con Abraham y se alejó. **Palabra de Dios.**



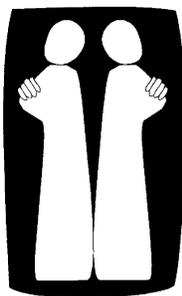
Contestemos juntos:

- ¿Eran Abraham y Sara un matrimonio completo?
- ¿Qué dificultades tenían?
- ¿Cómo interviene Dios? ¿Cuál es la actitud del hombre Abraham?
- ¿Por qué ha escogido Dios a esta pareja? ¿Por qué se revela en ambiente familiar?

4. Oración final.

Señor, enséñame a ser generoso, a dar sin calcular, a devolver bien por mal, a servir sin esperar recompensa, a acercarme al que menos me agrada, a hacer el bien al que nada puede retribuirme, a amar siempre gratuitamente, a trabajar sin preocuparme del reposo.

Y, al no tener otra cosa que dar, a donarme en todo y cada vez más a aquel que necesita de mí esperando sólo de Ti la recompensa. O mejor: esperando que Tú Mismo seas mi recompensa. Amén.



5. Comentando en pareja “en casa”

- ¿Qué valores, asumidos en nuestra vida familiar del pasado, hemos transportado a la vida familiar que hemos formado?
- ¿Cómo los vivimos?
- ¿Cómo los hemos hecho crecer?
- ¿Qué valores nuevos podemos asumir como pareja?

6. Comprendiendo el testimonio bíblico.

La paciencia de Dios no se confunde con la pasividad, o el fatalismo. Desde el primer momento se pone al trabajo para transformar a su pueblo y prepararlo poco a poco a la plena revelación del amor.

Jesús no hubiera podido dar su mensaje acerca de la familia en tiempos de Abrahán. Ni los tiempos ni los hombres estaban entonces maduros para ello. Pero tampoco lo hubiera podido dar, si Dios desde Abrahán no hubiera desencadenado ese proceso dialéctico de la exigencia-condescendencia. Con una gran paciencia que duraría siglos, Dios empezó a exigirles valientemente el ideal, aun a sabiendas de que sólo después de siglos podría recoger la cosecha de esa semilla.

En el tema de la familia, como en cualquier otro tema, es necesario tener siempre en cuenta que no basta la enseñanza aislada de una frase o un libro de la Biblia para recibir ya un mensaje completo. La visión acerca de la familia de los primeros escritos no puede ser idéntica, por ejemplo, a la que aparece en los libros sapienciales o en el Nuevo Testamento. Para entender correctamente lo que la Biblia afirma sobre la familia es necesario entenderla en todo su conjunto, conscientes siempre de que la cumbre de la revelación está en Jesús.

El pueblo judío, a quien Dios quería educar para el amor, era ingenuo y primitivo. Por eso la pedagogía de Dios se apoyó inicialmente en testimonios concretos. Entonces no era el momento de ideologías y doctrinas abstractas. Aquellos hombres elementales no estaban preparados para una reflexión de carácter teórico. En cambio, el ejemplo concreto y vital les iba muy bien.

Siguiendo esta pedagogía, Dios presenta al pueblo hebreo unos prototipos históricos de amor conyugal: el ejemplo de Abrahán y Sara (Gn 17,15-22; 18,1-15; 20; 21,1-21; 23), de Isaac y Rebeca (Gn 24), de Jacob y Raquel (Gn 29,6-30), de Moisés y Séfora (Ex 2,16-22), de David y Micol (1 Sam 19,11-17). Las grandes figuras de la historia de Israel, los padres del pueblo, han amado de un modo grandioso y ejemplar. Su testimonio será un estímulo para el resto del pueblo.

Quizás para nuestra mentalidad actual la ejemplaridad de estos personajes no nos convence plenamente. Sus vidas contienen aventuras extrañas a nuestro modo de concebir el matrimonio y la familia. Pero no por eso dejan de ser testimonios maravillosos de amor entre un hombre y una mujer, y mucho más en aquel tiempo.

Un dato importante de estos primeros tiempos es que Dios comenzó el proceso de revelación bíblica a partir de experiencias religiosas familiares. "El Dios de los padres" es un Dios familiar. Para hablar de la cercanía de Dios se usan expresiones de la vida familiar. Se habla de Dios en relación a las realidades familiares y de grupo, y no en relación a las necesidades del Estado. Dios está íntimamente relacionado con los elementos vitales para el grupo familiar: nacimientos, vida de los hijos, relaciones y tensiones entre esposos, mujeres, hermanos y parientes. La historia más extensa del Génesis habla justamente de un casamiento (Gn 24). Se da gran importancia a las genealogías y a las muertes de los familiares.

El Dios que va junto, que permanece ligado al grupo familiar, que está donde están los suyos, es una de las principales características de "la religión de los padres". Y el Dios que acompaña, va también al frente de ellos. El prevé el nuevo lugar de pastoreo y de sobrevivencia.

Los cultos están también centrados en la vida familiar: nacimiento, casamiento, hijos, muerte. Y las funciones sacerdotales son realizadas por los miembros de la familia.

La religión de los patriarcas tiene, pues, características de una religión familiar. Es importante tenerlo en cuenta. Si pretendemos poner en marcha un nuevo proceso de evangelización, hemos de comenzar por la familia. Así lo hizo el mismo Dios.